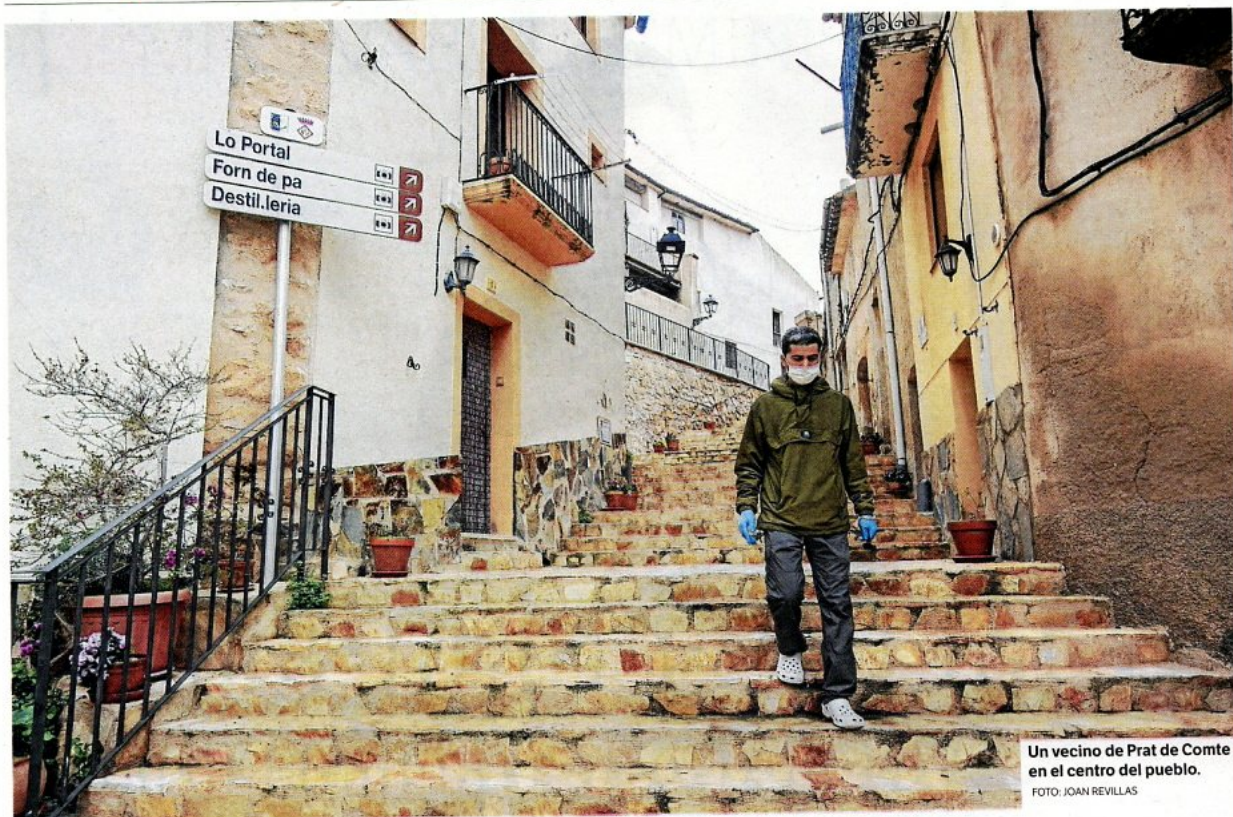


Emergencia sanitaria



Un vecino de Prat de Comte en el centro del pueblo.
FOTO: JOAN REVILLAS

Sin cajero y solo con un súper. La crisis de la Covid-19 saca a relucir de nuevo la necesidad de garantizar unos servicios mínimos en los pueblos de pocos habitantes

Los pueblos pequeños resisten

MARINA PALLÁS CATURLA
PRAT DE COMTE

Cuando Joan Josep Malràs mira por la ventana de su casa, ve la Mola de Prat de Comte, en el Parc Natural dels Ports. La comarca de la Terra Alta es un territorio singular, apartado de las grandes urbes, de sierras exuberantes, tierras trabajadas y viejos viñedos. Desde el Delta del Ebro hasta las montañas de los Ports, cualquier ebreño se siente ligado a su paisaje. De hecho, cuando preguntas a cualquiera qué es lo primero que hará cuando acabe el confinamiento de la crisis de la Covid-19, muchos responden «pasear por al lado del río» o «ir a la montaña». Un paisaje resulta más que un momento bello grabado en la retina, que un cuadro dibujado en

la ventanilla de un coche. Un paisaje es a veces un oficio, un recuerdo de infancia, un estilo de vida y un mundo entero.

Malràs es el alcalde de Prat de Comte, el pueblo ebreño más pequeño, puerta a los Ports, rodeado de naturaleza y almendros. Está a escasos 30 minutos en coche de Tortosa, también conectado con autobús, aunque la actual situación ha obligado a reducir a solo una las frecuencias. Hace unos años el pueblo se hizo mundialmente famoso porque estuvo a punto de cerrar la escuela por falta de niños y ofrecía casa y trabajo a una nueva familia con hijos en edad escolar que se instalara en el pueblo. Actualmente, tiene 183 habitantes y ningún caso positivo de coronavirus. Tampoco en



Sin casos de coronavirus
Las Terres de l'Ebre son el territorio catalán con menor impacto de la pandemia. Hay más de una quincena de pueblos sin ningún caso positivo confirmado.

en el Baix Ebre, o en Mas de Barberans (578), en el Montsià, entre otros pequeños pueblos.

Durante esta pandemia, el foco de las noticias por cuestión de trascendencia se centra en esos puntos calientes de infección o en las grandes ciudades afectadas, pero no en las minorías, en los pueblos que resisten en silencio. «Lo que peor llevamos es quizá ver que tienes la naturaleza al lado pero no la puedes disfrutar. Al estallar la crisis, ya sabemos que mucha gente quiso irse a su segunda residencia, pensando que un confinamiento en un sitio más tranquilo o rodeado de naturaleza sería mejor que en la ciudad. El ser humano es así. Y es difícil de llevar no poder salir a caminar», dice Malràs, que también es farmacéutico.

La calma y el silencio ya eran rasgos distintivos del pueblo, viejos y apreciados conocidos. Pero había niños jugando al balón en las calles, abuelos que salían a la fresca a la puerta de sus casas cuando llegaba el buen tiempo. Ahora es distinto, y a veces la sensación de aislamiento es acuciante. Las malas noticias de los medios de comunicación hacen difícil mantener el buen ánimo. Los niños juegan solos en las cocheras de sus casas, no hay paseos sin rumbo, la gente mayor está encerrada. La televisión solo escupe imágenes de hospitales, cifras de contagiados y fallecidos que dan vértigo. Los vecinos de estos pueblos, en cambio, miran por la ventana y ven las montañas, los campos. No hay imágenes de supermercados, metros o autobuses